

Cuenta una leyenda...



La historia del Rosario

Que un *Hermano Lego* (o sea, que no era sacerdote) de la *Orden de los Dominicos*, no sabía leer ni escribir, así que no podía leer los Salmos, como era la costumbre en los conventos de la época.

Entonces, cuando terminaba sus labores por la noche, se iba a la capilla del convento y se arrodillaba frente a la imagen de la Virgen María, y rezaba *150 avemarias* (el número de los salmos) y luego se iba a dormir.

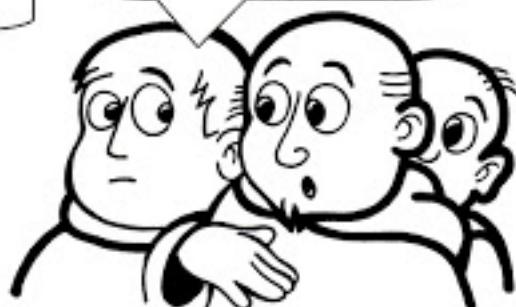


El Hermano Superior notaba que todos los días, cuando él llegaba a la capilla para celebrar las oraciones de la mañana con todos los monjes, había un delicado perfume a rosas recién cortadas y le dio curiosidad. Entonces preguntó:

¿Quién se encarga de adornar el altar de la Virgen tan bellamente?



Ninguna de nosotros



¡Era un misterio, porque en los rosales del jardín no se notaba que faltara ninguna flor!

Un día el Hermano lego enfermó de gravedad; los demás monjes notaron que el altar de la Virgen no tenía las rosas acostumbradas, y se dieron cuenta de que era el Hermano quien ponía las rosas.

¿Pero cómo?... Nadie lo había visto nunca salir del convento, ni sabía que comprara las bellas rosas.

Una mañana les extrañó que se hubiera levantado. No lo encontraban por ninguna parte.

Al fin, se reunieron en la capilla, y cada monje que entraba quedaba asombrado, pues el *Hermano* estaba arrodillado frente a la imagen de la Virgen, recitando sus *avemarias*, y a cada una que dirigía a la Señora, una rosa aparecía en los floreros.

Con el correr de los años, Santo Domingo de Guzmán, (se dice que por revelación de la Santísima Virgen) dividió las 150 *avemarias* en tres grupos de 50, y los relacionó a la meditación de la Biblia: Los *Misterios Gozosos*, los *Misterios Dolorosos* y los *Misterios Gloriosos*, a los cuales el Papa Juan Pablo II, añadió los *Misterios Luminosos*.

